

Juan Crisóstomo
A UNA JOVEN VIUDA

Exordio

1. En que es duro el golpe que te has llevado y mortal el dardo que enviado del cielo recibiste, todos convendríamos contigo y ni siquiera entre los muy filósofos lo negará nadie². Pero ya que los golpeados no deben gastar todo el tiempo en duelo y lágrimas, sino que además han de poner mucha atención en la cura de sus heridas, de suerte que por ser descuidadas no procuren a las lágrimas un golpe mayor y hagan más viva la llama del dolor, es bueno que permitas también el consuelo a través de las palabras y que, conteniendo un poco las fuentes de tus lágrimas, te des al menos un breve instante a quienes intentan consolarte.

Pues por eso, ciertamente, tampoco nosotros en la culminación misma de tu pena ni a la vez que se abatía la tempestad te hemos molestado, sino que después de aguardar este tiempo intermedio y habiendo permitido que te sacies

de lamentaciones, cuando por fin has podido ver un poco claro a través de aquella oscuridad y abrir los oídos a quienes intentan consolarte, entonces también nosotros a las palabras de tus sirvientes hemos sumado las nuestras³.

Porque siendo todavía la tormenta poderosa y fuerte el viento de la aflicción, quien te hubiera exhortado a renunciar a tu pena te habría incitado más a los lamentos y no hubiera ganado si no hacerse odiar, echando con estas palabras mucha leña al fuego y adquiriendo además fama de antipático e imprudente. Pero ya que por fin empezó a cesar la tempestad y Dios calmó la ferocidad del oleaje, fácilmente desplegaremos las velas de la elocuencia. Durante una moderada tormenta, en efecto, quizá la habilidad pueda hacer lo propio mas cuando es invencible el ataque de los vientos, la experiencia no sirve de nada⁴.

Si por todas estas razones hemos permanecido callados el tiempo anterior, finalmente decidimos ahora romper el silencio después de oírle decir a tu tío que en adelante es preciso tener ánimo⁵. Y es que entre las sirvientas, las que gozan de tu estima osan desplegar largos razonamientos sobre este asunto, y también las mujeres de fuera, tanto las que son de

tu familia como las que tienen contigo cualquier otro tipo de relación. Que si aceptas sus palabras no despreciarás las mías, sino que incluso las acogerás con calma y serenidad, en la medida de lo posible, de ello estamos plenamente seguros y convencidos.

Además, el sexo femenino está de alguna manera más inclinado al sentimiento. Cuando se añade juventud, viudez prematura, inexperiencia en los negocios, una gran turba de preocupaciones y el hecho de haber pasado todo el tiempo anterior en la molicie, el bienestar y la riqueza, se multiplican las desgracias. Y si la que esto ha sufrido no obtiene ayuda del cielo, el primer razonamiento que le salga al paso valdrá para desmoralizarla, lo cual es precisamente, creo yo, la primera y mayor prueba de la enorme solicitud de Dios para contigo. Porque si después de topar súbitamente con tantos males no te has ahogado por la pena y no has perdido el juicio, esto no puede deberse a un tipo de ayuda humana, sino a la mano todopoderosa, a la inteligencia inconmensurable, a la sabiduría insondable del Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo. *Él nos ha herido, dice, y nos curará; golpeará y nos vendará y nos sanará*⁶.

Mientras vivía contigo tu bienaventurado esposo, gozabas de su estima y de su celoso cuidado, gozabas del género de satisfacciones que cabía esperar de un hombre. Sin embargo, una vez que Dios se lo llevó a su lado, en su lugar lo tienes a Él. Y esto no lo digo yo, sino el bienaventurado profeta David, pues dice: *Al huérfano y a la viuda sostendrá*⁷. Y otra vez lo llama *Padre de los huérfanos y juez de las viudas*⁸. Y lo verás en muchos sitios poniendo gran cuidado en el género humano.

Honor y gloria de la viudez

2. Para que este nombre constantemente pronunciado no trastorne tu alma y confunda la razón que hay en ella al haber sobrevenido en la flor de la edad, de él quiero hablar en primer lugar y mostrar que el nombre de viudez no es nombre de desgracia, sino de honor, y de un honor grandísimo. No me pongas por testigo la errónea opinión del vulgo⁹, sino la legislación del beato Pablo, o mejor, de Cristo (pues las palabras que aquél profería las decía Cristo a través de él), como él mismo afirmaba: *Si buscáis una prueba de que Cristo habla en mí*¹⁰. ¿Qué dice, entonces?: *Que la viuda que sea inscrita en el catálogo de las viudas no tenga menos de sesenta años*¹¹; y de nuevo: *Descarta, en cambio, a las viudas jóvenes*¹², con la intención de mostrarnos a través de ambos mandatos la grandeza de la viudez.

Cuando da instrucciones referidas a los obispos, en ninguna parte establece el número de años mientras que en este caso pone mucho rigor. ¿Por qué? No porque la viudez sea más importante que el sacerdocio, sino porque ellas pasan mayor fatiga que aquéllos al ser muchos los problemas que desde muchas partes afluyen en torno suyo, públicos y privados. En efecto, igual que la ciudad sin fortificar está ahí en medio, expuesta a todos los que quieran saquearla, así la muchacha que vive en la viudez tiene también a muchos conspirando por todas partes, no quienes aspiran a sus riquezas solamente, sino también quienes están deseando arruinar su castidad¹³. Y no sólo éstas, sino otras ocasiones

de caída encontraremos que vienen a unirse: los criados que se encaran, los negocios descuidados, el no gozar ya del honor de antes, el ver que a las compañeras les va bien y a menudo también el deseo de lujo las persuadieron a contraer segundas nupcias¹⁴.

Las hay que no quieren unirse a sus hombres por la ley del matrimonio y sí, en cambio, furtivamente y ocultándose. Hacen esto para cosechar los elogios de la viudedad. Hasta tal punto no parece que sea censurable, sino admirable y digno de honor este estado a los ojos de los hombres, no sólo entre nosotros, los creyentes, sino también entre los infieles mismos. Y efectivamente una vez, siendo yo joven todavía, sé que mi maestro (era el más pagano de todos los hombres) expresó en público su admiración por mi madre. Investigando entre los que estaban sentados a su lado, como solía, de quién era yo, y habiéndole dicho alguien que de una viuda, me preguntó la edad de mi madre y la duración de su viudez. Cuando le dije que con cuarenta años hacía ya veinte que había perdido a mi padre, se quedó estupefacto, lanzó una gran exclamación y, volviendo su mirada a los presentes, dijo: «¡Oh, qué mujeres hay entre los cristianos!». Tan grande es no sólo entre nosotros, sino también entre los de fuera¹⁵, la admiración y el aplauso del que goza este estado.

Consciente de todas estas cosas, el beato Pablo decía: *Que la viuda que sea inscrita en el catálogo de las viudas no tenga menos de sesenta años*¹⁶. Y ni siquiera después de

un testimonio tan grande como es la edad le deja formar parte de este coro sagrado, sino que añade otras condiciones diciendo: *Y tenga el testimonio de sus buenas obras: haber educado bien a sus hijos, practicado la hospitalidad, lavado los pies de los santos, socorrido a los atribulados y haberse ejercitado en toda clase de buenas obras*¹⁷. ¡Oh, qué examen y qué prueba! ¡Cuánta virtud exige de la viuda y cuán detalladamente la examina! No hubiera hecho esto si no fuera a confiarle un asunto precioso y venerable.

Y dice: *Descarta, en cambio a las viudas jóvenes*¹⁸. Luego además añade la razón: *Porque cuando les asaltan los placeres contrarios a Cristo, quieren casarse*¹⁹. Mediante estas palabras nos da a entender que las que han perdido a sus maridos, en lugar de a aquéllos se unen a Cristo. Luego muestra que esta unión es indulgente y benévola, y lo pone diciendo: *Porque cuando les asaltan los placeres contrarios a Cristo, quieren casarse*²⁰. Igual que un marido benévolo y que no las trata arbitrariamente, sino que les deja vivir en libertad. Y no se limitó a estas palabras, sino que además en otro lugar expresa nuevamente su preocupación por la viuda diciendo: *La que está entregada a los placeres aunque viva, está muerta. Pero la que de verdad es viuda y ha quedado enteramente sola, tiene puesta su esperanza en el Señor y persevera en sus plegarias y oraciones noche y día*²¹. Y cuando escribe a los Corintios, dice: *Sin embargo, será más feliz si permanece así*²².

¿Ves cuán grandes son los elogios de la viudez? ¡Y esto en el Nuevo Testamento, cuando también despuntó la belleza de la virginidad! Pero no obstante, ni siquiera entonces el resplandor de ésta pudo eclipsar su destello, sino que brilla

incluso así, pues tiene su propia virtud. Por tanto, cada vez que mencionemos en adelante la viudez, no te dejes abatir ni pienses que este estado es vergonzoso. Porque si fuera reprehensible, mucho más la virginidad. Pero no lo es. No lo es. ¡Ni mucho menos!²³. Puesto que a quienes se apartan de sus maridos todavía vivos los admiramos todos y los aprobamos²⁴, las que demuestran idéntico amor por ellos una vez muertos, ¿cómo no han de impresionarnos y no hemos de alabarlas?

Pues bien, como te decía, mientras vivías con el bienaventurado Terasio, gozabas de la estima y la atención que es natural gozar de parte de un hombre honesto. Ahora, en cambio, en su lugar tienes a Dios, Señor de todas las cosas, quien también antes era tu protector y lo será más y con mayor celo ahora. Y de su gran providencia nos ha dado ya una prueba no pequeña, como he dicho, al haberte conservado salva e intacta en tamaña fragua de preocupaciones y aflicción, y al no haber dejado que sufrieras nada inconveniente. Quien en medio de tanta agitación no consintió que se produjera un naufragio, con mucha más razón en la calma custodiará tu alma y hará leve tu viudez y sus aparentes males.

La muerte es paso a un lugar mejor

3. Pero si no es la palabra viudez lo que te turba, sino el haber perdido a un hombre semejante, reconozco contigo también yo que en todo el orbe pocos han sido, entre

los hombres del siglo²⁵, tan cariñosos, afables, humildes, sencillos, inteligentes y piadosos.

Si se hubiera desvanecido completamente y hubiera terminado en la nada, tendría uno que sentirse confuso y dolido, pero si ha desembarcado en un puerto tranquilo y ha emigrado donde su verdadero rey, no hay que llorar por ello, sino alegrarse. Porque no es muerte la muerte esta, sino una especie de emigración y desplazamiento de lo peor a lo mejor, de la tierra al cielo, de los hombres a los ángeles y arcángeles y al Señor de los ángeles y arcángeles²⁶.

Aquí en la tierra, sirviendo como soldado del emperador, le cabía esperar peligros y numerosas asechanzas de los envidiosos (cuanto más crecía su renombre tanto más excesivas eran las acciones de sus enemigos). Allí, en cambio, una vez muerto, no ha de temer nada de esto. Así que cuanto más deploras que Dios se lo llevara siendo honesto y virtuoso, tanto más has de alegrarte de que se haya ido con gran seguridad y gloria, y de que, una vez liberado de la turbación del peligro presente, se encuentre en medio de una gran paz y tranquilidad. ¿Pues cómo no va a ser absurdo reconocer que el cielo es mucho mejor que la tierra y llorar, en cambio, a los que se desplazan de ésta hacia allá?

Si aquel bienaventurado hubiera sido de los que han llevado una vida vergonzosa y contra el parecer de Dios, habría que darse golpes de pecho y entonar lamentos, no tras su muerte únicamente, sino también mientras vivía. Pero ya que resulta que también éste era uno de sus amigos²⁷, hay

que alegrarse con él no sólo estando vivo, sino también después de muerto. Al beato Pablo le has oído sin duda decir: *Partir y estar con Cristo es con mucho lo mejor*²⁸.

Mas sus palabras tal vez anhelas oír y disfrutar de tu cariño por él, y echas de menos vuestra intimidad y la fama gracias a él, el brillo, el honor y la seguridad, y todas estas cosas, al haber partido, te producen desconcierto y vértigo. En verdad, tu cariño por él te es posible conservarlo ahora igual a como era antes. Tal es el poder del amor: no a los que están presentes únicamente, cerca de nosotros y visibles, sino también a los que están lejos los estrecha, une y enlaza. Y ni largos espacios de tiempo ni caminos distantes ni ninguna otra cosa semejante podría escindir el cariño del alma y dividirlo²⁹.

Habrá un reencuentro en el más allá

Pero si además quieres verlo cara a cara (sé que esto es lo que más anhelas), conserva para él tu lecho sin tocar por otro hombre, aplícate a mostrar una vida semejante a la suya y sin duda irás al mismo sitio que él, para vivir a su lado no cinco años como aquí, ni veinte o cien, ni mil o dos mil, ni diez mil o muchas veces éstos, sino una existencia infinita y eterna. Los lugares de aquel reposo corresponde heredarlos no al parentesco de sangre, sino a la semejanza de las vidas. Porque si a Lázaro, siendo desconocido de Abra-

ham, lo condujo a su mismo seno³⁰, a muchos de Oriente y Occidente les hace acostarse con él la similitud de su modo de vida. También a ti junto con el noble Terasio te acogerá el lugar del reposo, si es que quieres mostrar una vida idéntica a la suya. Entonces lo recuperarás nuevamente, no con esa belleza física que tenía cuando se fue, sino con otra clase de destello y luminosidad más resplandeciente que los rayos solares.

Porque este cuerpo, aunque se mueva a mucha altura³¹, es sin embargo corruptible, mas los cuerpos de quienes han sido agradables a Dios se revestirán de una gloria tan grande que ni podrán verla estos ojos. Y de ello Dios dispuso darnos algunos signos y señales borrosos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Allí, efectivamente, el rostro de Moisés brillaba entonces con tanta gloria que era inaccesible a los ojos de los israelitas³², y en el Nuevo Testamento resplandecía mucho más que éste el rostro de Cristo³³.

Dime: si alguien hubiera prometido hacerlo rey de toda la tierra y luego te hubiera ordenado marcharte por ello durante veinte años, y si además hubiera prometido devolvértelo con diadema y manto de púrpura³⁴, y asignarte a su vez el mismo honor que a él con tal de que hubieras sobrellevado la separación dócilmente y con la castidad debida, ¿acaso no te hubieras sentido satisfecha con el don y no lo habrías considerado un asunto deseable? Pues soporta esto

también ahora no por un reino en la tierra, sino por uno en los cielos, no para recobrarlo llevando un manto de oro, sino incorruptibilidad, inmortalidad y gloria, toda la que deben de poseer los habitantes del cielo.

Si te resulta demasiado insoportable el largo tiempo, es probable que él se te presente en sueños alguna vez, hable de vuestras cosas en común y deje ver su figura anhelada. Que esto a ti te sirva, como las cartas, de consuelo, o más bien, esto es más precioso que las cartas. Aquí, en efecto, sólo es posible ver letras; allí, en cambio, la imagen de su presencia, su risa agradable, su porte y sus andares, también oír su acento y reconocer su voz amadísima.

La suerte aciaga de los poderosos

4. Pero si además te lamentas por la seguridad que habías adquirido antes a través de él y quizá también porque manifestaba esperanzas de un mayor renombre (tengo entendido que estaba a punto de obtener el cargo de prefecto, lo cual por encima de todo, creo yo, conmociona tu alma y la confunde), piensa en quienes, teniendo mayor rango que él, terminaron su vida de forma muy lamentable. Yo te haré recordar.

A Teodoro de Sicilia tal vez lo conoces³⁵, y es que era precisamente de los personajes muy ilustres. Éste, que en hermosura, fortaleza física y confianza con el emperador aventajaba a todos, y que tenía un poder como ninguno de los habitantes de palacio, no llevó dócilmente su buena fortuna, sino que por haber conspirado contra el emperador y tras ser condenado, fue decapitado de forma muy lamenta-

ble, mientras que su mujer, quien por educación, linaje y todo lo demás no era en nada inferior a tu nobleza, tras ser despojada de golpe de todos sus bienes y privada de su libertad, era incluida en el rango de las amas de llaves y se veía obligaba a llevar una vida más miserable que la de cualquier criada, aventajando sólo a las demás en que por la desmesura de su desdicha provocaba el llanto de todos los que la miraban.

Se dice también que Artemisia³⁶, convertida en esposa de un hombre muy famoso, como también aquél sintió deseo de poder, llegó por esta vía a la indigencia y la mutilación. En efecto, la enormidad de su pena y la abundancia de sus lágrimas apagaron sus ojos³⁷ y ahora precisa de quienes vayan a llevarla de la mano y conducirla a las puertas de otros para que pueda procurarse así el alimento necesario.

Y muchos otros hogares podría citarte que han caído tan bajo si no conociera la piedad y la discreción de tu alma, que no desea encontrar consuelo para su propia desgracia en los males ajenos. Y estos ejemplos que he recordado, por ninguna otra razón los he recordado ahora si no es para que aprendas que las cosas humanas no son nada, sino que verdaderamente como dice el profeta: «Toda gloria del hombre es como flor del campo»³⁸. Porque cuanto más se eleva y resplandece, tanto mayor caída procura, no a los gobernados solamente, sino también a los reyes mismos. Y es que uno no encontraría casa particular tan llena de infortunios como de desgracias están repletos los palacios reales: orfandades prematuras, viudedades, muertes violentas mucho más inicuas y crueles que las de las tragedias se abaten especialmente sobre este género de poder.

Y por dejar de lado los ejemplos antiguos, entre los que han sido emperadores en nuestra época (nueve en total) dos solamente terminaron su vida por muerte natural en tanto que de los otros, uno murió por obra de un tirano, otro en la guerra, otro víctima de un complot de los guardias de palacio, otro a manos del mismo que lo había votado y le había revestido la púrpura³⁹. Las mujeres que vivían con ellos, unas, según dicen, murieron envenenadas, otras a consecuencia de la pena misma⁴⁰. De las que aún sobreviven, una con un hijo huérfano tiembla y teme que alguno de los poderosos lo quite de en medio por miedo al futuro⁴¹, y otra a duras penas y después de haberlo suplicado mucha gente regresó del extranjero, donde el soberano la había desterrado anteriormente⁴². De las que viven con los emperadores de ahora, una, tomando aliento tras las desventuras anteriores, siente mucho dolor mezclado con placer por ser todavía muy joven e inexperto el soberano y tener a muchos por muchas partes conspirando, otra está muerta de miedo y lleva una vida más miserable que los condenados porque su marido, desde que se ciñó la diadema hasta el día de hoy,

se entretiene en guerras y batallas, y más que las desdichas la consume la vergüenza y las injurias de todo el mundo⁴³.

Porque lo que nunca ha pasado, ocurrió ahora⁴⁴. Los bárbaros, tras abandonar su territorio, han invadido miles de estadios del nuestro y muchas veces más, y después de quemar las comarcas y tomar las ciudades no quieren volver a su casa de nuevo, sino que como si participaran en un coro de danza más que en una guerra, así se burlan de todos los nuestros. Y cuentan que uno de sus reyes dijo que le impresionaba el descaro de nuestros soldados, quienes, dejándose degollar más que las ovejas, esperan todavía vencer y no quieren retirarse de su patria. Éste iba diciendo incluso que muchas veces quedó harto de masacrarlos. ¿Qué espíritu, entonces, crees que pueden tener el emperador y su esposa cuando oigan estas palabras?

El renombre no puede evitar una triste muerte

5. Pero ya que he mencionado esta guerra, a mí fue un gran enjambre de viudas lo que me invadió, muchas de las cuales brillaban extraordinariamente gracias a la dignidad de sus maridos y ahora de repente, ceñidas todas con un negro manto de luto, pasan el tiempo entonando lamentos. Y es que ni siquiera les fue acordado a ellas lo que a tu valiosa persona. Porque tú, ¡admirable mujer!, viste yaciente sobre el lecho a tu noble esposo, escuchaste sus últimas palabras y te enteraste de quién habría de actuar en provecho de los asuntos domésticos, pues él te hizo recomendaciones y bloqueó por medio del testamento toda posibilidad de entrada

a los ambiciosos y a los delatores. Y no sólo esto, sino que además sobre su cadáver aún yaciente muchas veces te arrojaste, besaste sus ojos, lo abrazaste, plañiste, lo viste cortejado con gran honor y en lo relacionado con su sepultura todo lo hiciste según era conveniente. Además, yendo a menudo a su tumba obtienes un consuelo no pequeño a tu dolor.

Ellas, en cambio, de todas estas cosas han sido privadas. Todas dejaron marchar a la guerra a sus maridos en la idea de que luego iban a recobrarlos, mas en vez de aquéllos recibieron la cruel noticia de su muerte. Porque ni siquiera volvió alguien que les trajera sus cuerpos, sino palabras nada más, narrándoles las circunstancias de su muerte. Y hay quienes ni tuvieron derecho a esta narración ni pudieron saber cómo cayeron, pues ellos fueron derribados entre la enorme multitud del combate. ¿Y qué tiene de asombroso si de los generales han muerto así la mayoría? ¿Cuando incluso el propio emperador, aislado con unos pocos soldados en una aldea cualquiera no se atrevió a salir y enfrentarse a sus atacantes, y por haberse quedado en la casa cuando aquéllos prendieron fuego, ardió junto con todo lo que estaba dentro, no hombres solamente, sino también caballos, muros y vigas, y todo fue reducido a ceniza?⁴⁵. Y los que con el emperador se fueron a la guerra, en vez del emperador regresaron trayendo a su mujer esta noticia.

Futilidad y tiranía de la gloria mundana

Nada, nada se diferencia la gloria del mundo de los juegos escénicos y de la belleza de las flores primaverales. En

primer lugar porque antes de haber aparecido, se esfuma; luego, aun si logra permanecer un corto espacio, al punto se vuelve perecedera. ¿Pues qué mayor nadería que la honra y la gloria de la plebe? ¿Qué fruto tiene? ¿Cuál es su utilidad? ¿A qué fin ventajoso lleva? ¡Y ojalá fuera esto solamente lo malo! Pero es que, además de no poder sacar ningún buen provecho de esto, muchos son los sufrimientos y los agravios que se ve obligado a soportar continuamente el que tiene este ama severísima. Ama es, efectivamente, de quienes la poseen, y cuanto más lisonjeada se ve por sus esclavos tanto más se levanta contra ellos y con más crueles mandatos los tortura (pero de quienes la desprecian y desdeñan nunca podría ella vengarse). Tanto más cruel es que cualquier tirano o fiera. Porque al tirano y a la fiera a veces se les gana a fuerza de solicitud, mientras que ella se enfurece especialmente cuando la obedecemos, y si encuentra a alguien que vaya a escucharla y a obedecerla en todo, nada hay que rehuse ordenar en lo sucesivo. Tiene además otra aliada a la que sin errar podría uno llamar su hija. En efecto, cuando ella, alimentada y una vez crecida, se ha enraizado bien entre nosotros, entonces da a luz a la arrogancia, especie no menos capaz que ella de precipitar en el vacío el alma de quienes la poseen.

6. ¿Por eso, entonces, te lamentas? ¿Porque a ti Dios te ha librado de tan severísima esclavitud? ¿Porque a estas pestilentes enfermedades ha cerrado todo acceso? En vida de tu marido nunca cesaron de asaltar constantemente los pensamientos de tu alma, mas una vez muerto no tienen por dónde apoderarse de tu mente. De este modo hay, pues, que conducirse en lo sucesivo: no lamentar su retirada ni buscar su dominio cruel⁴⁶.

Donde ellas soplan con fuerza, todo desde sus cimientos lo vuelcan y echan abajo. Y como muchas prostitutas, que aun siendo feas y desagradables al natural, a base de afeites y maquillajes excitan las almas aún tiernas de los jóvenes y en cuanto las toman bajo su mando, les tratan con más insolencia que a cualquier esclavo, así también estas pasiones, la vanagloria y la arrogancia⁴⁷, ensucian las almas de los hombres más que toda especie de sacrilegio.

Por esta razón también la riqueza al vulgo le parece hermosa; al menos, privada de gloria deja de ser deseable. En todo caso, quienes en medio de la pobreza podían alcanzar la gloria entre la opinión pública, no eligieron además ser ricos, sino que despreciaron el mucho oro que se les daba. Y a estos no necesitarás que te los enseñe yo, sino que tú misma conoces más detalladamente que nosotros a Epaminondas, Sócrates, Aristides, Diógenes, Crates, el que dejó su tierra como pasto para las ovejas⁴⁸. Los otros, entre los cuales no cabía ser rico, en medio de la pobreza vieron que les sobrevenía la gloria y a por ello fueron inmediatamente, pero aquél abandonó incluso lo

que tenía. Así de locos estaban todos por hacerse con esta bestia terrible⁴⁹.

No lloremos porque a nosotros Dios nos libró de esta tiranía vergonzosa, ridícula y absolutamente ignominiosa. El nombre tiene sólo brillante; en la práctica convierte a quienes la poseen en lo contrario de lo que significa, y no hay nadie que no se burle del que hace algo con vistas a la gloria. Sólo aquél podrá llegar a ser célebre y famoso: el que no pone en esto su mirada. El que se asigna, en cambio, gran gloria entre la opinión pública y hace y soporta cualquier cosa para alcanzarla, éste más que nadie errará y fracasará, y sacará todo lo contrario: ridículo y censura, mofa, enemistad y odio.

No solamente entre los varones acostumbra a pasar esto, sino también entre vosotras las mujeres, y muy especialmente entre vosotras. A la que es natural en su porte, en sus andares, en sus vestidos, y no busca la consideración de nadie, la admiran todas impresionadas, la estiman dichosa y le desean todo tipo de bienes. De la vanidosa, en cambio, se apartan, la odian, como a una bestia salvaje la rehuyen y la convierten en blanco de mil imprecaciones e injurias.

El desprecio a la gloria mundana conlleva grandes beneficios

Pero no sólo escapamos de estos males por el hecho de no aceptar la gloria mundana, sino que además obte-

nemos los beneficios más grandes de todos, además de los ya mencionados: aprendemos a elevarnos poco a poco, a volar hacia el cielo y a despreciar todo lo terreno⁵⁰. Porque quien no necesita el honor que otorgan los hombres, lo bueno que haga, lo hará siempre con seguridad, y ni en las penas ni en las dichas de esta vida sufrirá mal alguno. Efectivamente, ni estas cosas pueden hundirlo y derribarlo ni aquéllas ensoberbecerlo y envanecerlo, sino que en circunstancias inestables y confusas él permanece libre de todo cambio⁵¹.

Esto es lo que pronto será posible también, espero, en tu alma. Separada de una vez por todas de todo lo mundano, nos mostrarás el modo de vida del cielo⁵², y de la gloria por la que gimes ahora dentro de poco te burlarás y reconocerás su máscara hueca y vana.

Si añoras la seguridad que él te proporcionaba, la custodia de los negocios, el no ser objeto de las asechanzas de ninguno los que se dedican a saltar sobre las desgracias aje-

*nas, descarga en Yahveh tu peso y él te sustentará*⁵³. *Considerad las generaciones antiguas y ved quién puso su esperanza en Dios y quedó confundido, o quién lo invocó y fue despreciado, o quién guardó sus mandatos y fue abandonado*⁵⁴. El que lleva auestas esa desgracia tuya tan insoponible y ha hecho que goces de serenidad ahora, éste alejará también lo que venga después. Que no vas a recibir ningún otro golpe más cruel que éste en lo sucesivo, tú misma estarás de acuerdo conmigo. Pues bien, la que tan gallardamente ha soportado las desgracias presentes, y esto aun siendo inexperta, mucho más fácilmente soportará las que vengan después si es que acaso (¡ojalá no!) nos ocurre algo no deseado.

Busca el cielo y todo lo que conduce a la vida de allí, y nada de lo de aquí podrá causarte daño, ni el mismo príncipe de las tinieblas, con tal de que no nos hagamos daño a nosotros mismos⁵⁵. Aunque alguien se lleve nuestra fortuna, aunque haga pedazos nuestro cuerpo, nada de esto nos afecta pues permanece intacta nuestra alma⁵⁶.

El cielo es tu mejor inversión

7. En resumen: si quieres que tu dinero permanezca en seguridad y aumente a su vez, yo te voy a indicar la manera y también el lugar donde a ninguno de los que traman asechanzas le está permitido entrar. ¿Cuál es, pues, este lugar? El cielo⁵⁷. Mándaselo a tu noble esposo⁵⁸ y ni ladrón ni intrigante ni ningún otro ser dañino podrá saltar sobre él. Si entierras allí este dinero, mucho será el fruto que encuentres. Porque todo lo que nosotros plantamos en los cielos da un producto mayor y mejor, el que es natural al tener sus raíces en los cielos. Y si haces esto, mira de qué género de bienes vas a disfrutar: en primer lugar, de la vida eterna y de las cosas que han sido prometidas a los que aman a Dios, las cuales *ni el ojo las vio, ni el oído las oyó, ni al corazón del hombre llegaron*⁵⁹; luego, vivir junto a tu noble esposo por toda la eternidad. Allí te liberarás de preocupaciones, miedos, peligros, asechanzas, enemistades y odios. Porque mientras estés rodeada de tus bienes, probablemente habrá quienes los pretendan, pero si los mudas al cielo, vivirás una vida libre de riesgos, segura y llena de gran tranquilidad, gozando de conformidad con piedad⁶⁰.

Y es, en efecto, de una gran insensatez que mientras el que quiere comprar un campo trata de hallar tierra fértil, cuando se nos propone cielo en vez de tierra y podemos adquirir allí un lugar, permanezcamos sobre la tierra y nos resignemos con las angustias que vienen de ella por obra de nuestros pecados. Porque a menudo frustra nuestra esperanza.

Pero ya que trastorna terriblemente tu alma y la perturba el que fuera a ascender a la dignidad de prefecto, como muchas veces él se esperó, y que de antemano le haya sido arrebatada la magistratura, en primer lugar considera esto: incluso si esta esperanza estuviera muy clara, era no obstante una esperanza humana que a menudo se malogra. Y en la vida vemos que suceden muchas cosas de este género: acontecimientos que nos esperábamos vivamente permanecen incumplidos, en tanto que los que ni siquiera nos pasaron por la imaginación llegan con frecuencia a su cumplimiento. Y esto, sea en las magistraturas, sea en los reinados, sea en las herencias, en los matrimonios, en todas partes, vemos que ocurre siempre. De tal manera que por muy cerca que estuviera su oportunidad, sin embargo, como dice el proverbio: «Mucho hay entre la copa y el borde de los labios»⁶¹. También la Escritura dice: *De la mañana a la tarde cambia el tiempo*⁶², y también: *El que hoy es rey mañana morirá*⁶³. Y a su vez, mostrándonos lo inesperado, este mismo sabio dice: *Muchos tiranos se sentaron en el suelo y un desconocido se puso la diadema*⁶⁴.

Y no estaba absolutamente claro que de haber vivido iba a acceder a aquella magistratura. Efectivamente, lo incierto del futuro y otras razones nos permitían desconfiar. ¿Pues de dónde resulta evidente que de haber vivido iba a acceder a aquella magistratura, que no ocurriría incluso lo contrario y perdería el honor de entonces, librado a la enfermedad, alcanzado por la envidia y la malevolencia de quienes pretenden superarlo, o víctima de algún otro tipo de adversidad?⁶⁵. Mas pongamos, si quieress, que era evidente de forma manifiesta que, de haber seguido ciertamente con vida, habría alcanzado esta cima: cuanto mayor fuera la dignidad tanto mayores los peligros que se vería obligado a padecer, las preocupaciones y asechanzas. ¡Que tampoco ocurra eso! ¡Que haga aquella travesía libre de peligros y con gran tranquilidad! ¿Cuál sería el fin?, dímelos. No precisamente éste de ahora, o mejor dicho, éste no, sino otro igualmente desagradable y abominable. En primer lugar, ver más tarde el cielo y las cosas celestes, lo cual es no pequeño daño para quienes tienen puesta su fe en los bienes futuros. Luego, por mucha que sea la pureza con la que haya vivido, la duración de la vida, sin embargo, y las obligaciones de aquella magistratura no le hubieran dejado partir tan puro como ahora.

Es incierto si después de sufrir muchos cambios e inclinarse a la indolencia, finalmente no hubiera dado la vuelta.

Ahora, en efecto, confiamos en que por la gracia de Dios su alma se ha ido volando al lugar del reposo, pues no cometió él ninguna osadía de las que cierran el paso al reino de los cielos. En el otro caso, en cambio, ocupado mucho tiempo en los asuntos públicos, quizá hubiera contraído también mucha suciedad. Actuar con rectitud rodeado de tanta villanía es muy raro, pero pecar, tanto voluntaria como involuntariamente, resulta normal y corriente.

Mas ahora de este miedo ya nos hemos liberado y estamos absolutamente convencidos de que aquel Día⁶⁶ tu marido vendrá con gran resplandor, lanzando destellos al lado del Rey, precediendo a Cristo junto con los ángeles, revestido de una gloria inefable, como asistente del Rey mientras juzga, prestándole los servicios más distinguidos.

Por eso, dejando de lado los lamentos y los gemidos, mantente en tu modo de vida más escrupulosamente incluso, a fin de que, tras haber alcanzado una virtud igual a la suya, habites su misma tienda y puedas unirte de nuevo a él por siglos eternos, no en esta unión del matrimonio, sino en otra mucho mejor. Porque ésta es ligazón de los cuerpos, mas entonces será unidad de alma con alma, más perfecta, mucho más dulce y mejor.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA